



Globalización y nuevas identidades culturales:

Identidad de género en construcción

Nombre: Francisca Catalina Pérez Astete (*)

Universidad: Universidad Diego Portales

Ciudad: Santiago

País: Chile

Correo: francisca.catalina@gmail.com

Resumen

Con la irrupción del proceso de globalización, la sociedad latinoamericana vive la desestructuración de la matriz sociopolítica de Estado nacional-popular dominante durante la década de 1930 a 1970, lo que a su vez modifica las formas de acción colectiva e identificación y, con esto, la identidad nacional imperante, dando paso al surgimiento de nuevas categorías de pertenencia que posibilitan la construcción de nuevas identidades culturales, como la identidad de género. Es precisamente en este escenario, en donde el presente artículo revisará y analizará, desde un nivel teórico, el rol e impacto que el proceso de globalización ha tenido en el surgimiento de nuevas identidades culturales, a partir de la conformación de nuevos ejes de acción colectiva e identificación, poniendo especial énfasis en la revisión de la identidad de género, planteando así la importancia y la vital necesidad de reforzar los estudios sobre este, con la finalidad de darle un tratamiento en profundidad que posibilite abrir nuevos espacios de integración que lleven a una sociedad latinoamericana diversa y tolerante de las diferencias.

Palabras claves

Globalización, Identidad, Género, Matriz Sociopolítica, América Latina.

(*) La autora es Licenciada en Sociología. Sus líneas de investigación son: Sociología de la Cultura, Procesos Sociales, Género y Sociología Urbana.



Globalization and new cultural identities: Gender identity in construction

With the advent of globalization, Latin America society experiences the failure of the sociopolitical matrix of the dominant national-popular state during 1930 to 1970, which in turn modifies the forms of collective action and identification and, with this, the dominant national identity, leading to the emergence of new categories of membership that enable the construction of new cultural identities like gender identity. It is precisely at this stage where this article will review and analyze, from a theoretical level, the role and impact that the globalization process has had on the emergence of new cultural identities, from the creation of new lines of collective actions and identification, with particular emphasis on the review of gender identity, considering the importance and vital need to strengthen the studies about this subject , in order to give a thorough treatment that allows the possibility of opening new spaces of integration that lead to a diverse and tolerant Latin American Society.

Keywords

Globalization, Identity, Gender, Socio-political Matrix, Latin America.



Identities culturales en construcción: Impacto de la globalización en Latinoamérica

En las últimas décadas, América Latina, ha sido objeto de múltiples transformaciones, las cuales han generado profundos cambios en su sociedad, tanto en lo que respecta al ámbito económico y político, así como en lo que refiere al ámbito cultural latinoamericano. De esta forma, podemos ver que una sociedad se constituye a partir de la relación entre Estado, régimen, partidos políticos y la sociedad civil, interrelación que da lugar a un tipo de matriz sociopolítica entendida como:

[...] la relación entre Estado, o momento de la unidad y dirección de la sociedad; sistema de representación o estructura político-partidaria, que es el momento de agregación de demandas globales y de reivindicaciones políticas de los sujetos y actores sociales, y la base socioeconómica y cultural de éstos, que constituye el momento de participación y diversidad de la sociedad civil. La mediación institucional entre estos elementos es lo que llamamos el régimen político.

(Garretón, 2001: 13)

Entre de 1930 y 1970 América Latina se encontraba bajo el dominio de una matriz sociopolítica de Estado nacional-popular, en donde la acción colectiva, que giraba en torno al proceso de modernización y desarrollo económico, ve como urgente el surgimiento de un nuevo modelo de desarrollo. En este escenario, el populismo resulta ser un estadio específico de contribución en el forjamiento del proceso desarrollista, ya que este tipo de regímenes –como fueron Juan Domingo Perón (1946-1954) en Argentina y Getulio Vargas (1945-1964) en Brasil– actúan como “una fase de transición de una economía agraria a una industrial, la cual se distingue por la irrupción de líderes carismáticos que ocupan el Estado para promover la industrialización económica y establecer un orden político que busca satisfacer las necesidades del pueblo” (Frei & Rovira, 2008: 124) contribuyendo en Latinoamérica al surgimiento de una etapa de desarrollo e industrialización. Además de este proceso de desarrollo económico y modernización, la integración social y la autonomía de la nación, eran las principales dimensiones que orientaban dicho fenómeno de acción colectiva, que se encontraba, a su vez, fuertemente ligado con la política y la figura estatal. De esta forma, el Estado cumplía un rol esencial, siendo la figura más importante de la sociedad al actuar como el máximo referente de sentido y el interlocutor de las exigencias de ésta, en torno al cual se organizaba un movimiento social de carácter central y unificado, con demandas claras y homogéneas, que buscaba un cambio global en la sociedad y en la nación. Podemos ver entonces que, a lo largo del siglo XX y sobre todo en sus últimas décadas, con la instalación de los regímenes autoritarios se observa la instauración del proceso de globalización en Latinoamérica, entendiendo éste como:



[...] el proceso resultante de la capacidad de ciertas actividades de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria. Es un fenómeno nuevo porque sólo en las dos últimas décadas del siglo XX se ha constituido un sistema tecnológico de sistemas de información, telecomunicaciones y transporte, que ha articulado todo el planeta en una red de flujos en las que confluyen las funciones y unidades estratégicamente dominantes de todos los ámbitos de la actividad humana.

(Castells, 1999: 2 – Calderón, 2003: 19).

Este proceso se acompaña a su vez por la reestructuración del capitalismo, conformando la base para la implementación de un nuevo sistema económico anclado en el neoliberalismo, el cual se asocia a la idea de mundialización de la economía ocurrida previamente a la década del 70. Antes de dicha década, la participación de los actores sociales –entendidos como los portadores de la acción colectiva que entregan el sustento histórico a la matriz sociopolítica (Garretón, 2001)- era muy amplia y se encontraba fuertemente concentrada y sindicalizada, por ejemplo, en el seno del movimiento obrero y sus demandas frente al Estado y a la política. Sin embargo, tal participación se ve notablemente disminuida, comenzando por ello una búsqueda de otros referentes de acción, en base a principios de identidad y autorreferencia diferentes.

Es así como se inicia un proceso de desestructuración de la matriz sociopolítica de Estado nacional-popular, donde los actores sociales se ven disueltos y se genera una explosión de identidades culturales que, por cierto, ya no se sienten identificadas con un proyecto de identidad nacional que los excluye y, además, adoptan una postura cada vez más cercana a la idea de lo moderno y lo postmoderno donde el consumo, la comunicación y la información se vuelven fundamentales como características importantes de una sociedad, que tiende cada vez más hacia la era de la información. En este contexto, la política, en contraposición a la antigua matriz de Estado nacional-popular, ya no es el eje preponderante como referente identitario, adoptando mayor fuerza otras categorías de pertenencia en los actores (el sexo, el género, la edad, la religión, etc.) quienes, por ende, adoptan demandas más diversas y distantes al interior de su grupo social, configurándose éstas de modo más heterogéneo, llevando inclusive a la conformación de nuevos actores y sujetos colectivos que se organizan en torno a movimientos sociales de carácter masivo, donde se evidencia un alejamiento de los partidos políticos como espacios de identificación, sin que esto signifique que la política en su totalidad pierda relevancia, pues pese a seguir siendo un ámbito fundamental de la sociedad, ya no posee la misma capacidad de articulación de los sujetos.

Producto de todos estos procesos, la sociedad actual en la que nos encontramos insertos, se ha ido configurando como una sociedad en donde las esferas de la economía, la política y la cultura ya no se relacionan. Esto conlleva a un panorama en donde los valores, creencias y conductas presentes en la comunidad pierden rigidez y se desarman, flexibilizándose ante la aparición de nuevas y diversas vías de identificación donde, como ya se mencionó con anterioridad, se alteran



las formas de acción, tanto colectiva como individual de los sujetos, surgiendo identidades cada vez más blandas, posibilitando así la fluidez y el intercambio de perspectivas que ya no poseen un horizonte ni un norte de sentido único.

Ante este escenario, de nuevas formas de acción social, una de las dimensiones que toma importancia es la democratización social, donde las colectividades se vuelven fuertes, generando nuevas formas de entender la ciudadanía, ya no sólo en base a individuos aislados, como únicos ciudadanos, sino también como grupos organizados que buscan la reivindicación de derechos y el cumplimiento de demandas y exigencias. En relación a esto, Manuel Antonio Garretón (2001) postula que lo generado sería una “resignificación de la dimensión cultural”, en donde la sociedad latinoamericana ya no es la misma de antes, pues en ella el espacio cultural comienza a posicionarse como un aspecto fundamental en su desarrollo. En otras palabras, la “resignificación de la dimensión cultural” apunta a volver la mirada hacia los aspectos socio-culturales, tales como la identidad, desplazando el aspecto político del eje central, lógicamente sin desaparecer, sino que más bien transformándolo. De ese modo, la sociedad se va configurando de manera cada vez más diversificada, instalando tanto la integración como la reconstrucción de la polis y el Estado-nacional, como tareas primordiales, pero complementando para ello los aspectos políticos y económicos con el aspecto cultural.

La diversificación de la identidad como fenómeno y el surgimiento de nuevas identidades culturales

De este modo, vemos como se va perfilando nuestro tema central; el surgimiento de las identidades culturales, y cómo el proceso de globalización, con su impacto en la identidad nacional, ha ido posibilitando esta nueva conformación de identidades, que cada vez ejercen más presión para que exista un espacio cultural lleno de diversidad, en donde los diferentes sectores presentes en la sociedad puedan convivir todos juntos, sin importar la raza, el color, la ideología, el género, la religión o la simple manera de pensar y ver la vida. Identidades que si bien existían anteriormente al advenimiento o profundización del proceso de globalización y sus consecuencias, no tenían tanta presencia ni menos importancia como en la actualidad, donde además de surgir como nuevas vías de identificación, poseen la cualidad de convertirse en nuevas formas de empoderarse e involucrarse en el ámbito de la política, alcanzando una mayor preeminencia política de la que poseían anteriormente, lo que finalmente ayuda a la redefinición y resignificación de la misma idea de política.

Ahora bien, si hablamos del proceso de globalización, García Canclini (1999) realiza una revisión donde veremos que existen autores como Chesnaux y Wallerstein que la sitúan en el siglo XVI cuando comienza la expansión capitalista, mientras que autores como Giddens y Ortíz colocan su origen a mediados del siglo XX, cuando surgen con fuerza las innovaciones tecnológicas y comunicacionales que permiten conectar tanto los mercados como otro tipo de actividades a escala mundial. Así, los primeros asocian la globalización al ámbito económico, en tanto, los segundos le conceden mayor importancia a las dimensiones comunicacionales, culturales y políticas del fenómeno, el que no es en ningún caso igual al concepto de internacionalización o



mundialización. Esta idea se asocia fuertemente con la expansión de la economía capitalista ocurrida a lo largo del siglo XIX e incluso antes, donde vemos que la globalización se trata de una intensificación de dependencias recíprocas y de movimientos múltiples que implican conexiones varias entre lo global y lo local y viceversa (García Canclini, 1999).

Por otro lado, Giddens (2005) plantea que existen dos posturas en la definición y conceptualización de la idea de globalización, donde los escépticos por un lado la entienden como una mera profundización de los cambios ya evidenciados por el proceso de expansión capitalista, mientras que los radicales apuntan a un mayor desarrollo del mercado global y una pérdida importante de la soberanía de los Estados Naciones. Estas posturas privilegian la dimensión económica del fenómeno, lo que a juicio del autor es un error, ya que “la globalización es política, tecnológica y cultural, además de económica. Se ha visto influida, sobre todo, por cambios en los sistemas de comunicación, que datan únicamente de finales de los años 70” (Giddens, 2005: 23) y que resulta ser uno de los principales elementos de profundización que el proceso de globalización vive desde esa fecha.

Castells (1999), por otro lado, entiende que la globalización funciona a través de un proceso de informacionalización que le da sustento y terreno, funcionando como base para que la globalización actúe a escala planetaria y conecte lugares que antes parecían lejanos a través de la intensificación de nuevos patrones de interconexión, presionando así la creación o reconfiguración de un nuevo Estado que traspase las fronteras nacionales, un Estado denominado Estado-Red.

Finalmente, Beck (1998) plantea que el debate acerca de la globalización gira en torno a diversos ejes que ponen énfasis en diversos principios fundamentales y unidades de análisis que permiten superar esta supremacía anterior de la figura del Estado-Nación. Estos ejes tienen relación, por un lado, con los espacios sociales transnacionales, en donde la migración se vuelve relevante para comprender de qué manera la globalización nos conecta y nos acerca, acortando y desdibujando las fronteras y barreras tanto físicas como también simbólicas. Por otra parte, la teoría del sistema mundial desarrollada por Wallerstein (1983) también se basa en esta idea de acercamiento del quehacer social y económico en un espacio con características transfronterizas, donde, no obstante, se desencadenan a su vez procesos contradictorios como una mayor desigualdad y una mayor profundización del fenómeno de la división social del trabajo. Otro eje de análisis tiene relación con la idea de convivencia y competencia de dos lógicas políticas, la de los estados nacionales y la de múltiples y variadas organizaciones transnacionales que superan el ámbito meramente local y nacional, posibilitando un número cada vez mayor y mucho más diversificado de relaciones sociales. Un eje interesante que se suma en este debate acerca de la globalización, tiene relación con la presencia y profundización de riesgos, que también se vuelven globales y se manifiestan transversalmente en el mundo. Así también, otro eje que rescata la dimensión cultural de la globalización, plantea la convivencia de procesos duales y dialécticos que conviven conjuntamente; característica importante del proceso de globalización que actúa al mismo tiempo a escala global y local, acerca y aleja, incluye y excluye y también, integra y fragmenta.



Finalmente, un último eje de análisis apunta a la idea de una sociedad civil transnacional donde los sujetos y los movimientos traspasan los límites geopolíticos y sociales, donde surgen nuevas posibilidades de acción y reacción.

Todos estos ejes se resumen en dimensiones de este proceso globalizador, las que como vemos, son trabajadas por diversos autores de distintas maneras, defendiendo la preeminencia de lo económico como el caso de Wallerstein y su análisis del sistema mundial capitalista, mientras otros destacan el ámbito político, como es el caso de Rosenau (1990 en Beck, 1998), Gilpin (1987 en Beck, 1998) y Held (1997 en Beck, 1998), recalcando la existencia paralela de lógicas locales y transnacionales que conviven en este nuevo espacio globalizado, o Beck con su teoría del riesgo y su conceptualización de la globalización como proceso que también vuelve globales los efectos nocivos de las crisis ecológicas y naturales, la idea de la globalización y la convivencia conjunta de globalización desde arriba y desde abajo en la figura de Roland Robertson (1992 en Beck, 1998), y Appadurai (1997 en Beck, 1998), con la construcción de nuevos mundos imaginarios a partir de los cambios tecnológicos, financieros y también de información y mediáticos.

Podemos aseverar entonces que asistimos a un proceso difícil de definir y que no posee una conceptualización unívoca, pero pese a ello podemos observar que apunta a la transformación del espacio y del tiempo gracias a las transformaciones por sobre todo comunicacionales y de información, las cuales posibilitan el desarrollo de las actividades económicas, culturales y políticas a escala mundial, actuando además como un agente de modificación o generación de nuevas vías y formas de identificación.

Entendiendo que para desarrollar un mejor análisis no podemos pretender dar cabal profundización a todas las diversas y múltiples nuevas formas de identificación, nos detendremos en el análisis de una de las identidades que últimamente ha tomado mucha fuerza en los estudios sociológicos y, en general, en las ciencias sociales: la identidad de género, y más específicamente la identidad de género en América Latina, con el propósito de, por una parte, profundizar en el impacto y rol que adopta el proceso de globalización en el surgimiento de la identidad de género y, por otra, indagar en qué consiste esta nueva identidad en particular, observando sus tendencias, pero poniendo el foco de manera central, en la forma en la que la identidad de género se configura en América Latina, y en qué fue lo que hizo que se abriera un espectro dentro del cual estas identidades culturales tuvieran cabida dentro de la sociedad Latinoamericana, como nuevos ejes de conformación de acción y de identificación de los individuos que se sienten parte de un grupo o categoría como es el caso del género.

A partir de esto, el objetivo de este ensayo se vincula con la necesidad de realizar una panorámica general de las nuevas identidades culturales y la identidad de género, que permita evaluar y reconocer la profunda necesidad de reforzar los estudios de género, con la finalidad de abrir nuevos espacios y líneas de investigación en este ámbito, que posibiliten el desarrollo de nuevos debates y discusiones, que permitan generar nuevas y diversas instancias de encuentro y aceptación de las diferencias y sus múltiples posibilidades y formas en la sociedad. Y así, finalmente, permitan llegar a un ambiente de respeto, tolerancia e integración, donde diversas



formas de identidad sean compatibles, lo que solo será posible si desarrollamos conocimiento acerca de estas.

Es por esto que para comprender de mejor forma la problemática señalada, será de suma importancia entregar algunas definiciones de los conceptos mencionados, para así contextualizar y dar a conocer con mayor profundidad tanto el proceso de globalización, como lo que entenderemos por identidad o identidades colectivas y, por último, por identidad de género, ya que serán conceptos fundamentales que guiarán nuestra exposición del problema.

En lo que respecta a la globalización –que ya se desarrolló anteriormente–, se vuelve necesario hacer referencia al fenómeno de la modernidad, entendida como época de transición que se contrapone a la época tradicional, y que intenta hacer referencia a la etapa histórica en la que se ubica (siglos XVIII Y XIX), bajo la figura de un fenómeno complejo y multidimensional, que puede ser considerado como un conjunto de procesos económicos, socio-culturales y discursivos, e inclusive podemos considerar como inherentemente globalizante (Giddens, 2005). Dentro del marco de la modernidad se encuentra entonces el proceso de globalización, el cual una vez más puede ser entendido como:

[...] la intensificación de las relaciones sociales universales que unen a distintas localidades de tal manera que lo que sucede en una localidad está afectado por sucesos que ocurren muy lejos y viceversa [...] ha existido por mucho tiempo, pero en épocas recientes se ha convertido en un proceso de intensidad creciente que induce procesos de cambio más y más acelerados de tipo global en variadas dimensiones.

(Larraín, 1996: 27)

Este proceso globalizador, como bien lo plantea Larraín (2005) posee diferentes dimensiones sobre las cuales actúa, dentro de las cuales podemos encontrar el sistema capitalista, el sistema de naciones-estado, la industrialización, la división internacional del trabajo y, finalmente, dentro del ámbito cultural, el espacio de los medios de comunicación, los cuales han experimentado un gran impulso, expandiéndose de forma acelerada. Así, al interior de la globalización “hay una tendencia a la homogeneización pero también una fascinación con lo diferente. Lo global no reemplaza a lo local, sino que lo local opera dentro de la lógica de lo global” (Larraín, 1996: 30-31).

Para poder analizar qué es lo que genera y produce este proceso globalizador, debemos basarnos en un concepto de identidad, que según Larraín, corresponde a “un proceso de construcción en la que los individuos se van definiendo a sí mismos en estrecha interacción simbólica con otras personas [...] es la capacidad de considerarse a uno mismo como objeto y en ese proceso ir construyendo una narrativa sobre sí mismo” (Larraín, 2005: 90-91).



De esta forma, como bien lo plantea Larraín (2005) –siguiendo a George Mead-, la identidad se basa también en la existencia de otros, quienes poseen estilos de vida, costumbres y valores que son diferentes, siendo aquí donde se constituye el proceso identitario, ya que para poder definirse como sujeto es necesario realzar aquellas diferencias. En este sentido, serían precisamente estos “otros”, que destaca Mead, los que son de suma importancia al momento de construir identidades colectivas, es decir, los que construyen categorías de pertenencia en torno a las cuales se agrupan diferentes sujetos que se sienten parte de un mismo conjunto y comparten ciertas características. De este modo, la generación de una identidad respecto a un grupo plantea la distinción entre identidades colectivas e individuales, ya que ambas se encuentran íntimamente relacionadas debido a que “las identidades personales son formadas por identidades colectivas culturalmente definidas [profesión, nacionalidad, etnia, clase, religión, género, etc.], pero éstas no pueden existir separadamente de los individuos” (Larraín, 2005: 94), poseyendo por esto un alto nivel de reciprocidad.

Según Larraín (2005), Anderson indicaría que las identidades colectivas son un artefacto cultural, siendo ésta entendida como una “comunidad imaginada”, la cual tiene relación con la subjetividad propia de los sujetos, lo que se vincularía con que ya no existe un horizonte de sentido común, sino más bien múltiples horizontes de sentido a través de los cuales los individuos tienen la posibilidad de sentirse identificados y, mediante ellos, también realizados, como partes constitutivas de un todo. Así, la identidad, en general guarda, según Jorge Larraín, una muy cercana relación con la cultura, debido a que ambas son construcciones simbólicas. De hecho, la cultura puede entenderse, por una parte, como un conjunto de significados simbólicos a través de los cuales se comunican los individuos, mientras que la identidad sería la interacción con los otros mediante el uso de aquel patrón de significados. De esta manera, la cultura es sensible a nuevas formas de significación simbólica, lo que se hace presente muy fuertemente gracias a la globalización, que importa y exporta significados de otras culturas y sociedades, hacia lugares donde es posible que sean adoptados fácilmente. Es así como se genera la incorporación de estos nuevos significados en los diversos discursos identitarios que poseen las identidades colectivas. De este modo, los cursos de acción, que como se mencionó en un comienzo, estaban determinados por la política y el Estado, se ven determinados por nuevos aspectos, producto que la globalización se encarga de romper con aquellas certezas que se daban por sentadas anteriormente, y convierte los cursos de acción en alternativos, haciendo que los actores tengan que optar por determinadas opciones en base a las diferentes categorías existentes que orientan las diversas formas de identificación.

De acuerdo con estas nuevas alternativas, vemos que la globalización actúa como un proceso contradictorio que, si bien en una primera instancia instaura a los estados-naciones como eje central en la sociedad, luego debilita su autonomía afectando la identidad nacional que éste entregaba e impulsaba, lo que hace surgir nuevas identidades emergentes, con las que de un momento para otro la identidad nacional debe competir y se ve mermada. A lo anterior, se suma la integración de estos “nuevos otros”, con los que se hace aún mayor la diferenciación en busca de una identificación propia a nivel global, ya que el proceso de globalización, mediante la



aceleración del ritmo, la rapidez del cambio, la compresión del espacio-tiempo, el incremento de fenómenos económicos y el desarrollo de los medios de comunicación, genera que la construcción de identidades se vuelva más inestable, extendiéndose más allá de los espacios locales, sobrepasando –la mayoría de las veces– las fronteras del Estado-nación.

Es en este punto donde podemos observar una clara conexión entre la irrupción de la globalización y el surgimiento de estas nuevas identidades. Por ello, será necesario dejar en claro que mediante las transformaciones que introduce el proceso de globalización en América Latina, es posible el surgimiento de estas nuevas identidades culturales, las cuales crean un espacio y, porque no decirlo, un ambiente en donde la diversidad y la diferenciación se constituyen como principios fundamentales para la regulación de las nuevas formas de identificación con la sociedad y de acción en ella. Será entonces dentro de este marco de diversidad cultural -y debido a la globalización y los cambios que esto ha traído consigo- que se posibilita el surgimiento de estas identidades colectivas que entregan las más amplias oportunidades para sentirse parte de un colectivo dentro del cual se ve una cierta uniformidad, pero que al mismo tiempo, respecto de otras, posee una gran diferenciación dentro de la sociedad. En relación con esto podemos añadir que:

[...] al movimiento de las nacionalidades y de la liberación de los pueblos colonizados se añadió el de las mujeres y las minorías sexuales, también el de las etnias, pues la creciente globalización económica despertó fuerzas y formas de identidad cada vez más profundas, menos sociales y más culturales, que atañen a la lengua, a las relaciones con el cuerpo, a la memoria. Hay un cambio total de perspectiva: se considera que el mundo moderno estaba unificado mientras que la sociedad tradicional estaba fragmentada; hoy por el contrario, la modernización parece llevarnos de lo homogéneo a lo heterogéneo en el pensamiento y en el culto, en la vida familiar y sexual, en la alimentación o el vestido.

(Touraine, 1999: 299)

A partir de este marco de diversidad cultural presente en América Latina podremos introducirnos en la identidad de género, entendida como una identidad colectiva y cultural que comienza a tomar fuerza como un nuevo principio bajo el cual hoy en día se identifican los individuos de la sociedad latinoamericana. Por ello, para comprender y analizar la identidad de género, es necesario hacer referencia a lo que respecta al concepto de género, que surge desde el movimiento feminista alrededor de la mitad del siglo XX, y que suena con fuerza en la década de los 70's y 80's cuando se institucionalizan los estudios de la mujer en gran parte de las universidades. Revisemos para ello lo que diversas intelectuales debaten al respecto. Para Rosi Braidotti (2009), el género o más bien las teorías de género basadas en la diferencia cultural y de roles surgen en contraposición a las teorías de diferencia sexual que se sustentan en una mera diferencia biológica, donde el género como concepto no sería de origen feminista, ya que habría



sido parte de investigaciones en biología, psicología y también lingüística teniendo una identidad previa al movimiento feminista o de mujeres. Un ejemplo de esto, es la figura de Simone de Beauvoir –precursora del concepto- quien desde la lingüística pone énfasis en la naturaleza construida de éste y como característica determinada de la identidad femenina, planteando una fuerte crítica a los argumentos naturalistas y proponiendo una teoría fundacional en base al género que posibilite y promueva la revalorización de la subjetividad femenina, donde las bases culturales y la construcción de la identidad en distinción con un “otro” se vuelven fundamentales, que será lo que finalmente se resume en su idea respecto a que “uno no nace mujer, se hace” (Braidotti, 2009: 213).

Otra autora que también basa su análisis y su idea del género en esta noción de oposición es Judith Butler (2007 en Braidotti, 2009), quien quien plantea, al igual que De Beauvoir, que el género y la identidad de género se construyen en tanto una dialéctica de oposición, pues como señala De Beauvoir “el género es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza y la mente al cuerpo” (Braidotti, 2009: 215) resultando ser género y cultura la cara y el sello de una misma moneda en una relación de mutua necesidad y complementariedad, y en donde la identidad femenina permite a la mujer su construcción como individuo propio y único donde “uno es el género de uno en la medida en que no es el otro género” (Braidotti, 2009: 215) lo que implica que hombres y mujeres son diferentes, y que no hay parámetros para catalogar a uno como mejor o peor, sino solamente como distintos.

Desde la antropología encontramos a Gayle Rubin (1986), una de las autoras clásicas y también precursoras de este concepto, quien realiza un análisis antropológico del comercio de mujeres y del tráfico de estas en las sociedades patriarcales, donde es vital objetivar a la mujer para entenderla como una categoría determinada culturalmente, y donde el sistema de género como sistema de poder plantea a los sexos como diferentes. Así desde la visión de esta autora, “el género es una división de los sexos socialmente impuesta. Es un producto de las relaciones sociales de sexualidad” (Rubin, 1986: 114), incluso de las relaciones de dominación tan típicas de la sociedad patriarcal, y también de nuestra sociedad machista de hoy en día.

Teresa de Lauretis, otra autora que desarrolla el tema, plantea la existencia de una “tecnología del género” donde este concepto es “un mecanismo complejo –una tecnología- que define al sujeto como “varón” o “mujer” en un proceso de normatividad y regulación de lo que se espera que llegue a ser el ser humano” (Braidotti, 2009: 231), en el cual los ‘roles’ se vuelven fundamentales para la comprensión de este proceso de construcción simbólica y material que es la identidad femenina o de género, siendo este último un mecanismo y una categoría nuevamente cultural y socialmente determinada.

Finalmente, otra de las autoras clásicas cuando se habla de género es Carole Pateman (1995), quien expone su idea del género a través de la noción del “contrato sexual” como parte importante y complementaria del contrato social y originario, concepto clásico de la teoría contractualista y de la forma en que los hombres constituyeron la vida social y la idea de sociedad. Este contrato sexual, según Pateman, corresponde a la parte oculta y reprimida de la



teoría del contrato, pues se olvida que el contrato originario es un pacto sexual y social en sus orígenes, el que a su vez reprime y oprime al sexo y al género femenino, donde las mujeres no gozaban de igual forma de la libertad civil, que en el caso de los hombres implicaba el derecho al acceso sexual a la mujer, siendo ellos quienes disfrutaban del dominio como sexo, en base a sus características biológicas consideradas como superiores, y no como género en tanto una diferenciación cultural y/o social.

Para Pateman es fundamental reforzar el lenguaje del género como una forma de reforzar a su vez la idea de lo público y lo civil en la idea del individuo, donde “referirse al género y no al sexo indica que la posición de la mujer no está dictada por la naturaleza, por la biología o por el sexo sino que es una cuestión que depende de un artificio político y social” (Pateman, 1995: 308). Así mujeres y hombres son diferentes, pero ambos son individuos y deben gozar de una libertad jurídica y de igualdad en tanto seres autónomos, donde “la posición de igualdad de las mujeres debe ser aceptada como expresión de la libertad de las mujeres en tanto que “mujeres”, y no considerarla como una indicación de que las mujeres deben ser precisamente como los varones” (Pateman, 1995: 315).

Así, vemos que el concepto de género, independiente de la autora o la genealogía teórica de que se trate, pone de manifiesto la importancia de la idea de lo social y lo cultural como categorías que definen tanto a la mujer como al hombre, y que plantean la necesidad de redefinir la idea de lo femenino y lo masculino a la luz de diferencias no sólo biológicas, sino que se dan en el seno de la sociedad y de las distintas culturas, las que han abierto el camino a la incorporación de las mujeres como miembros de un género como individuos.

Ahora bien, desde una visión local y latinoamericana, Sonia Montecino (1999: 249) sostiene que el género es “un concepto que envuelve, al menos, dos términos: lo femenino y lo masculino, y más aún estamos refiriéndonos a una relación entre esos términos”. Siguiendo como referente los planteamientos de Montecino, podemos observar que la vida social, en su generalidad, siempre ha estado basada en el vínculo existente entre hombres y mujeres, los que han hecho posible su reproducción y también su permanencia en el tiempo. Es por ello, que el género juega entonces un rol principal en lo que respecta a las diferencias sociales, debido a que en toda cultura, y en cualquier sociedad, los símbolos se darán a partir de las diferencias entre los géneros y sus peculiares modos de valorar aquellas distinciones entre ambos.

Si observamos con atención, podremos percibir que el concepto de género fue integrado con el fin de reemplazar las visiones esencialistas y universalistas que sugería el concepto de “la mujer”, entendiéndola de igual forma en todos los lugares y sociedades posibles. Es por esto que el concepto de género introdujo una nueva forma de ver las cosas, lo que hizo necesario –como bien dice Sonia Montecino–, una nueva óptica que más allá de lo unívoco del término mujer, fuera capaz de comportar la pluralidad que comprende el término al referir a las personas a partir de las múltiples variables que las constituyen. En otras palabras, lo que se intenta realizar es la distinción de dos elementos que se presentan tanto en hombres como en mujeres; el sexo y el género, entendiéndose por sexo “los elementos biológicos que determinan al ser macho o hembra”,



y género como “los elementos culturales que definen lo que es femenino y masculino” (Montecino, 1999: 252). De esta manera, el género será más que la forma de representar las diferencias biológico-sexuales entre hombres y mujeres. Por ello Montecino señala que de la utilización del término “género” se desprenden a su vez “relaciones de género”, que manifiestan una interrelación y dependencia entre lo femenino y lo masculino; relaciones que podrán darse de diversas formas, desde relaciones de subordinación a relaciones de complementariedad.

Así, la utilización del término género como una construcción social tiene un carácter dinámico, debido a que existe un principio de “variabilidad” que se asocia a la forma particular y propia de cada cultura, las que poseen diferentes conceptualizaciones respecto al tema. Esto quiere decir que la configuración del género, tanto de lo que entendemos por femenino y/o masculino en sociedad, es una construcción que depende de otras categorías sociales tales como la religión, la etnia, la edad o la clase, dando lugar finalmente a diversas y determinadas posiciones en la sociedad. Vemos entonces que relacionar el género con la identidad es una conexión inevitable, pues:

[...] cuando nombramos las identidades de género estaremos refiriéndonos a los procesos, por un lado de construcción de una alteridad: ser mujer o ser hombres; pero también a los procesos de identificación: ser mujer o ser hombre, por ejemplo de una etnia determinada. De esta manera las identidades de género nos remitirán siempre a un doble movimiento, el de la conjunción y el de la disyunción, el de la diferencia y el de la igualdad.

(Montecino, 1999: 253)

A esto se suma que, para el surgimiento de las identidades femeninas y masculinas, el rol de los estereotipos será fundamental a la hora de congregar a hombres y mujeres bajo distintas agrupaciones. Esto conlleva imperativamente según Montecino (1999) a la configuración en la sociedad de “ideologías de género” que ayudarán a establecer, junto con conocer e indagar, aquellos valores que son utilizados a la hora de -valga la redundancia- valorar a hombres y mujeres, fijando por este medio diversos juicios valorativos respecto a cómo deben ser o comportarse un hombre o mujer en sociedad.

También existe otro aspecto que ayuda a concretizar aún más la relación entre género e identidad: el concepto de espacio, permitiendo establecer panorámicas sobre cómo el poder y las relaciones jerárquicas inciden en las relaciones de género. Así uno de los elementos que permitirá analizar las distinciones al interior de las relaciones de género, será la oposición entre el espacio público y el privado, lo cual evidencia que el control social tiene una fuerte influencia en la constitución de los géneros, estableciendo desde las ideologías de género diferenciaciones entre las formas en que hombres o mujeres pueden hacer uso de los diversos espacios. Otra forma es la que tiene relación con la concepción de este en términos físicos o en términos mentales, lo que también puede verse en la oposición local/global.



Adentrémonos entonces ahora, tras haber dado a conocer lo que se entiende por género y por tanto por identidades de género, en las formas a través de las cuales se manifiestan las identidades de género en el caso particular de América Latina.

Como señalábamos con anterioridad, el problema de la temática de las identidades de género en América Latina está estrechamente relacionada al escaso desarrollo que esta posee en nuestros territorios, en relación a otros campos de estudio, lo que se ve reflejado en la poca valoración de los estudios de género como un campo analítico importante a nivel latinoamericano¹. Además lo que mayormente se puede ver en el continente es un enfoque relacionado con políticas en torno a la mujer, más que un verdadero enfoque dirigido al género, lo que si bien antes era más notorio, hoy en día se está cambiando mediante el desarrollo de configuraciones de las identidades masculinas. La idea de masculinidad es parte de la identidad de género y representa la convicción que poseen los varones como miembros de un sexo masculino diferente del sexo femenino y que también tiene sus bases en una construcción que se da en el seno de la sociedad y se basa en atributos y características propias que resultan esenciales en un hombre en una cultura determinada, en tanto su rol como género, como también sucede con las mujeres como ya se explicitó más arriba. Ejemplo de ello son variadas interpretaciones que se han dado en América Latina respecto al tema del género, como lo son: “De machos chingones a virgen y madres chingadas” de Ana María Alonso (1995), “Cumplidores y quebradores” de Mara Viveros (1998), o “Marocas, patucas y masculinidades ambivalentes” de Maruja Barrig (1996), y “Madres y huachos” de Sonia Montecino (1996)².

Vemos entonces que los esfuerzos por llevar a cabo un estudio profundo del género, se presentan no sólo desde una perspectiva rigurosa sino múltiple, considerando los diversos elementos que inciden en la configuración de género. Ejemplo de ello es la consideración y atención en la fuerte incidencia de la religiosidad en la conformación de identidades femeninas y masculinas en América Latina, siendo una de las más fuertes la religión católica, sin excluir por ello la fuerte presencia de otros cultos religiosos que, en efecto, también proponen modelos de género alternativos al católico. Asimismo, la política se relaciona de manera muy cercana con el género, puesto que “las identidades de género no han sido definidas en América Latina sólo por su ‘ser’, sino también por su querer, vale decir, por proyectos de un sí mismo que puede formularse, delinearse e imaginarse en la propuesta de un cambio posible” (Montecino, 1999: 285), lo cual se ve reflejado en los diversos movimientos de mujeres respecto a la política dominante.

Teniendo todo esto en claro, tomemos entonces ahora un ejemplo de análisis concreto en relación al género en América Latina. Para ello tendremos en consideración que, como bien señala Luisa Vicioso (1999), podemos identificar al menos ocho categorías que permitirán el

¹ Cabe señalar que si bien los esfuerzos por estudiar los fenómenos de género son crecientes, aún se ven muy desmedrados en relación a otras áreas disciplinares, sobre todo en lo que respecta a políticas públicas.

² Ver Manuel Antonio Garretón (1999) *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas*. Colombia, Bogotá: Editorial Convenio Andrés Bello.



estudio de la configuración de los roles de hombres y mujeres en las diferentes instituciones; estas son: la familia, el sistema educativo, la iglesia, la estructura social, los medios de comunicación, el arte y la literatura, las ideologías del amor y, finalmente, el Estado. Este último actúa como la institución que agrupa a todas las demás.

Tomando todo esto en consideración, observemos la perspectiva postulada por Sonia Montecino (1999), quien plantea que un análisis verdaderamente relevante será el que ahonde en la relación con la densidad social y simbólica que posee la figura de la madre. La autora postula esto en íntima relación con la cultura mestiza que posee nuestro continente latinoamericano, argumentando que ya desde esta particular condición histórico-cultural se construyen nuevos ordenes y sujetos de carácter híbridos y cruzados, pues desde la unión entre mujeres indias y hombres españoles, en la nueva cultura mezclada que se genera, el mestizo posee como único referente de su origen y pertenencia a la madre, lo que conlleva a tener la imagen de la madre como “presencia” y la del padre como “ausencia”, historia que se da muchas veces en nuestro país, pero que también se ha extendido a otras culturas presentes en el continente. Esto ha generado que la constitución de géneros se realice en parte asociando lo femenino a la idea la madre, y lo masculino a la idea del hijo o del padre ausente. De esta forma, la autora nos plantea que el “modelo universal de identidad de género (la madre)”, debe ser conectado más allá de lo general y universal a la concreción particular que este tenga en determinados sectores específicos. Así, Montecino (1995: 277) plantea que “Hacer el esfuerzo en articular la matriz de identidad materna con los rasgos y atributos del sí mismo dados por la clase, la etnia, la edad, realizándose en un tiempo y un espacio singulares, sería de vital importancia para romper con la reducción analítica del género”.

Lo que finalmente se puede ver entonces, en el caso de la identidad de género, es su doble cara; por un lado, en un contexto de lo particular, y por otro, en lo universal como es el caso de “la madre”, que se constituye como un referente generalizado en la identidad femenina que se constituye a partir de la cultura mestiza. Ésta, debe ser más estudiada debido a los contenidos que otorga en tanto identidades de género, por lo que sería vital realizar un análisis más profundo de esta esfera, lo que a juicio de la autora es pertinente debido a que:

[...] una mirada crítica a la cultura [mestiza] quizás arroje valiosas herramientas de comprensión y acción que podrían ayudar a orientar algunos cambios; es decir, podría pasarse de la noción de cultura como significante flotante a un uso del término que ponga de manifiesto los mecanismos concretos mediante los cuales una sociedad legitima los valores y conductas de los sujetos.

(Montecino, 1995: 277-278)



Esto podría ayudar entonces a una mayor y mejor comprensión del fenómeno de las identidades de género que se encuentran tan unidas a otras formas de identidades como la etnia y la religión, que poseen gran influencia al momento de generar una identificación de lo femenino y lo masculino en una sociedad, lo que entregará las posibilidades tanto a mujeres como a hombres de sentirse partes de un todo, compartiendo más allá del sexo en sí, visiones, valoraciones y creencias que los hacen pertenecer a una misma categoría.

Lo que motiva el planteamiento de Sonia Montecino es entonces que:

[la lectura de] las identidades de género desde una óptica latinoamericana nos conduzca a conocer [...] cómo los antepasados nos han soñado; a dilucidar el deseo que nos nombra como alteridad (en cuanto continente y en cuanto sujetos de una diferencia genérica) y con ese gesto, quizás hacer latir un nuevo corazón más deseante (más soñador) que deseado”.

(Montecino, 2005: 278)

En este suelo habitan las estrellas

En este cielo canta el agua

de la imaginación.

Más allá de las nubes que surgen

de estas aguas y estos suelos

nos sueñan los antepasados.

Su espíritu —dicen— es luna llena.

El silencio, su corazón que late.³

Elicura Chihuailaf

³ Citado en Montecino (2005).



Conclusiones

Luego de la revisión que hemos realizado de los postulados de diversos autores, podemos concluir que el tema de la identidad va mucho más allá de la idea del Estado-nación, y que si bien en un comienzo generó un proyecto de identidad nacional que hacía que todos se sintieran identificados con ello, después se vio derrumbado gracias a los procesos de globalización que, en una primera instancia, le dieron sustento a los estados-naciones. Podemos decir entonces que el proceso de globalización y sus dinámicas modernizadoras y transformadoras en los contextos de la economía, la política y la cultura hicieron que esta identidad nacional se desarticulara, obligando a la creación y al surgimiento de múltiples y nuevas categorías identitarias, entre ellas la de “género”. Estas nuevas identidades culturales que surgen con la modernidad, y con el proceso de globalización que ésta trae consigo, se posicionan como “comunidades imaginadas” que surgen como nuevos horizontes de sentido que se manifiestan como alternativas existentes a la identidad nacional, haciendo que los actores posean la capacidad de elegir a cuál de ellas quieren adherirse para, de esta manera, formar parte de un grupo que les permita sentirse identificados a través de ciertas pautas, creencias y valoraciones que ya no serán de tipo individual, sino que más bien tendrán esta vez una tonalidad compartida y colectiva como constructos sociales.

Estas identidades íntimamente relacionadas con la cultura, nos hacen entrar en lo que Garretón denomina la “resignificación de la dimensión cultural”; lo que posibilita una sociedad más diversa, donde la multiculturalidad, y las diferentes identidades presentes en ella, den paso a que la sociedad latinoamericana se convierta en un espacio que aúne en su interior todas las diferencias existentes, generando un fenómeno integrador que, dentro de una misma sociedad, permita la convivencia de diversas subculturas que poseen características e identidades propias que las hacen únicas, y que permiten la diversificación de América Latina como un continente híbrido y mestizo, donde la identidad se vuelve un fenómeno en constante construcción.

A partir de esto se vuelve necesario mostrar que en la actualidad, si bien se da cabida para la coexistencia de diversas identidades al interior de los países de América Latina –pues se ha avanzado mucho respecto a la aceptación del “otro” como parte de la totalidad–, falta aún mucho en lo referente a la instalación de un verdadero marco de respeto de las diferencias, con lo que ello implica; las múltiples formas de ver la vida, de relacionarse con la realidad social y de actuar en ella, lo que contribuiría cada vez más a una sociedad más tolerante y respetuosa de las cualidades y peculiaridades propias de cada sujeto.

Por lo tanto es necesario que se siga trabajando en el ámbito público en estos temas, que muchas veces se trabajan de forma tangencial y/o superficial, encubiertos bajo políticas de preocupación más bien desde el sexo y no desde el género de los sujetos, muy atravesados por estereotipos que deben cumplir los sujetos, donde lo importante sería incluir una perspectiva de carácter cultural que sea capaz de rescatar la esencia detrás de cada individuo y colectividad, y que apunte a resolver sus necesidades de forma integral. Es precisamente por ello que resulta de vital importancia seguir motivando instancias que permitan el intercambio de ideas respecto a este



tema, para así posibilitar el surgimiento de nuevos debates que nos permitan como individuos formarnos una opinión frente al tema, e invitar a la discusión para fomentar soluciones que nos lleven cada día a un continente más solidario, más integrador, que hoy en día, aún sigue teniendo una fuerte exclusión hacia los sectores culturales que se ven más alejados de la totalidad, por presentar diferentes identidades culturales, que hacen de ellos muchas veces, a juicio de la sociedad, sectores externos que no son considerados ni tomados en cuenta, y que son relegados al margen de ésta. Esta situación muchas veces los margina del espacio público, el cual finalmente actúa como el escenario en el cual los sujetos son capaces de desarrollar su acción y dirigirla en función de cambios sociales y culturales que sean capaces de incluir sus demandas, lo que facilite así la reivindicación de sus derechos y les permita tener soluciones concretas a sus problemas.

Debemos trabajar en la consolidación de los ya múltiples espacios de análisis formal del tema de identidades de género, con el objetivo de generar condiciones que permitan que vivamos todos juntos en un mismo espacio, donde al mismo tiempo se encuentre asimilación como diferenciación, y que nos permita como culturas avanzar en la creación de un entorno más diverso que dé cabida a hombres y mujeres, a pobres y a ricos, a jóvenes y adultos, a católicos y a evangélicos, que deje de lado los rencores y acepte de una vez por todas que existen diferencias, y mientras estás no se asuman no será posible continuar por el camino de la integración que tanto ansiamos algunos, y que debería convertirse en un ideal que todos compartamos, y que sea reflejo de la diversidad existente en el continente latinoamericano, uno de sus principales sellos distintivos.

Finalmente, ¿qué sería de la sociedad latinoamericana y de los individuos sin múltiples alternativas y posibilidades de desarrollo, identificación y significación? Nada. Es por esto que “género, etnia, sexualidad, equipo de fútbol, grupos musicales y ecologistas, son las nuevas categorías identitarias emergentes con las cuales debe compartir la nacionalidad” (Larraín, 2005: 118).



Referencias Bibliográficas

Arango, Gabriela Luz (2005) *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Colombia: Editorial TM.

Beck, Ulrich (1998) *¿Qué es la globalización?: Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. España: Paidós.

Braidotti, Rosi (2009) *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires: Paidós.

Calderón, Fernando (2003) *¿Es sostenible la globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells*, Vol. I, La Globalización y América Latina: Asignaturas pendientes. Santiago de Chile: FCE.

García Canclini, Néstor (1999) *La Globalización Imaginada*. Buenos Aires: Paidós.

Castells, Manuel (1999) *Globalización, Identidad y Estado en América Latina*. Santiago: PNUD.

Frei, R. & Rovira, C. (2008), El Populismo como experimento político: historia y teoría política de una ambivalencia. En *Revista de Sociología*, N°22/2008. Santiago: Universidad de Chile. Disponible desde Internet en: <http://www2.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/revsoc/REVISTA%2022.pdf>

Garretón, Manuel Antonio (2001) *Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina*. Serie políticas sociales, División de desarrollo social. Santiago de Chile: CEPAL.

Garretón, Manuel Antonio (1999) *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas*. Colombia, Bogotá: Editorial Convenio Andrés Bello.

Giddens, Anthony (2005) *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus

Larraín, Jorge (2005) *¿América Latina Moderna? Globalización e identidad*. Santiago: LOM.

Larraín, Jorge (1996) *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Montecino, Sonia (2005) Identidades de género en América Latina: Mestizajes, sacrificios y simultaneidades. En Gabriela Luz Arango, *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pp 266-278). Colombia: Editorial TM.

Montecino, Sonia (1999) Identidades de género en América Latina. El lenguaje de la diversidad. En Manuel Antonio Garretón, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas* (pp 249-293). Colombia, Bogotá: Editorial Convenio Andrés Bello.

Pateman, Carole (1995) *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.



Rubin, Gayle (1986), El tráfico de mujeres: notas sobre una economía política del sexo. *Revista Nueva Antropología*, Vol. VIII, N°30, México. Disponible desde Internet en: <http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/nuant/cont/30/cnt/cnt7.pdf>

Touraine, Alain (1999) Globalización, fragmentación y transformaciones culturales en el mundo actual. En Manuel Antonio Garretón, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas* (pp 30-36). Colombia, Bogotá: Editorial Convenio Andrés Bello.

Vicioso, Luisa (1999) “Ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no alumbre”: Reflexiones de género sobre las industrias culturales. En Manuel Antonio Garretón, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas* (pp 335-352). Colombia, Bogotá: Editorial Convenio Andrés Bello.